

LEYENDAS Y TRADICIONES BRIGANTINAS

La Cruz Verde

Esto te enseñará, lector, si bien reparas...
a devolver lo ajeno que encontraras.

Cuando en los primeros años del siglo actual el alcalde-corregidor don Antonio Quirico Egaña hacía de las suyas en la entonces capital de la provincia de Betanzos, encarcelando sin ton ni són y por el más fútil motivo a todo el que no comulgara en el partido absolutista,



de que él era ferviente y furibundo afiliado, como aun cuentan los ancianos; entonces, digo, ocurrió en la hermosa y legendaria capital de Las Mariñas el siguiente suceso, que paso a referir tal y como me lo contaron.

A principios del siglo XIX, siendo comandante general de las tropas realistas de la provincia de Betanzos el conde de Vigo, vivía en la casa que hoy lleva los números 18 y 20 de la calle del Castro de Unta un hombre llamado N. Rodríguez, más conocido por el apodo *O vello Carolo*, y distinguido también, como más adelante veremos, con el mote de *Zarocas*.

Era este personaje en aquella época un tipo popularísimo por sus condiciones no muy comunes de hombre laborioso, brujuleante, activo y emprendedor, que con admiración de todo el pueblo, contando con escasos o casinulos medios de fortuna, había conseguido montar, gracias a su genio incansable y no pequeños esfuerzos y sacrificios, una pequeña y pobre fábrica de curti-

dos en la misma casa en que habitaba, conocida hoy vulgarmente con el nombre de *Casa de Mera*; esta fábrica surtíase de agua de la fuente que se halla frente a frente de la casa citada, y que los brigantinos conocemos con el singular nombre de fuente del *Picho do Carolo*, tomada esta denominación, como se ve, de uno de los *alias* de nuestro protagonista.

Habiendo formado el Rodríguez un honrado medio de ganarse el sustento, vivía tranquilo y enteramente entregado a las faenas de su mezquina industria, cuando al amanecer de un día festivo dirigiéndose a oír la misa que de madrugada había en el entonces existente convento de dominicos, quiso su buena estrella que al subir las escaleras que dan acceso al atrio de Santo Domingo tropezase (debido a la oscuridad que reinaba por estar aún abriendo el día) con un bulto bastante duro. Bajóse para ver la causa del tropiezo, y ¡cuál no sería su asombro al encontrarse con un saquito repleto de monedas de orol!

Satisfactoriamente sorprendido con este percance, incontinentí cogió el saco, se lo metió bajo el brazo y paso tras paso dirigióse a su morada, donde, separado de inoportunos testigos, es de suponer se entregaría a trazar planes y más planes sobre la base del inesperado tesoro.

Mientras nuestro héroe discurría acerca del empleo que daría al rico hallazgo, un maragato se lamentaba del infortunio que le había ocurrido con la pérdida de un talego de dinero.

En tanto que el maragato, agobiado por tan solemne *tute* dado a sus intereses, caía enfermo y poco después moría a causa de no poder sobrellevar con resignación tan sensible pérdida, Rodríguez daba gran impulso a su industria y construía la manzana de casas que existe en la carretera de Castilla.

Al edificar toda la barriada, no tuvo otras miras el viejo *Carolo*, que recoger al fin del año buena renta; pues casa había y hay que pareciendo por el exterior una sola vivienda, alberga a tres o cuatro familias que viven en otros tantos nichos — que no otra cosa parecen — con sólo una entrada para todos ellos.

En llegando el mes de enero allá se dirigía *Zarocas*, bolsa en mano, rodeado de sus criados, a cobrar puerta por puerta, familia por familia, la renta que daba aquel puñado de casas, donde moraba gran número de individuos, pobres en su mayor parte.

Hoy aun se les oye decir a los aldeanos que van al pueblo, citándose en la carretera de Castilla para marchar juntos a su lugar:

—*Espérote nas casas de Zarocas.*

No cabe dudar que este nombre se le puso al Rodríguez por ser mal hecho de cuerpo y tener un figura nada correcta.

Terminada la construcción de las indicadas casas, presentóse en Betanzos un hijo del maragato que había perdido el saquito de dinero; y como la *vox populi* señalaba al *Carolo* como poseedor del oro que su padre había perdido, a casa de éste se dirigió aquél para ver si conseguía recuperar lo que le pertenecía.

Expuestas por el joven maragato las pruebas que patentizaban ser, por muerte de su padre, el verdadero dueño del dinero extraviado, y condolido el ya rico propietario (merced a haber triplicado el metálico hallado) de la miseria a que quedara reducida la familia del que había sido causa de que él se enriqueciera, le devolvió el dinero que había encontrado, y aun pretendió darle un interés legal, que el maragato se negó a admitir.

Queriendo acaso el fabricante de curtidos hacer méritos para con Dios, en desagravio de lo hecho al pobre maragato, levantó a la terminación de la barriada de la carretera de Castilla y en el campillo llamado *Campo das Nenas*, un crucero que aun hoy se llama, sin duda por estar pintado del color de la esperanza, Cruz Verde, y que dió nombre a la calle que existe entre la de los Ángeles y la de Castilla.

Frente a esta cruz tuvieron lugar, durante las convulsiones que agitaron nuestra España para llegar al actual estado de cosas, numerosos fusilamientos de liberales y carlistas.

La intención del viejo *Carolo* era, si no le sorprendiera la muerte, erigir una capilla en

el mismo lugar donde colocó la cruz; pero como el hombre propone y Dios dispone, no pudo ver realizado su piadoso y reparador propósito.

A su fallecimiento, siendo ya capitán de realistas o sea voluntarios de Fernando VII, encontráronse los herederos con la regular fortuna que el Rodríguez labrara mediante el eficaz auxilio del no despreciable hallazgo, y cada uno tiró por su lado, dando al poco tiempo cuenta de la herencia recibida.

Así que, atendido el desastroso fin que tuvo el capital do *Vello Carolo*, parece que sus descendientes se propusieron seguir al pie de la letra lo que con gran desenfado nos dice la singular locución que anda en boca de todo el mundo:

«Mientras dura,
vida y dulzura,
y en acabando,
gimiendo y llorando»;

pues los que no cayeron en la mayor pobreza, dieron con sus huesos en presidio. O acaso fuese una severa lección de la Providencia, que nos manda respetar lo ajeno.

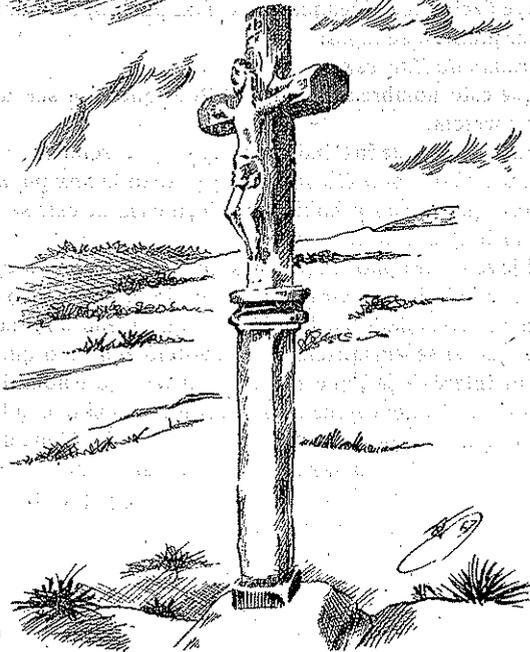
Y aquí da fin esta extraña historia, que más parece cuento inventado para hacer dormir los niños, que suceso realmente ocurrido, si no hubiera yo confirmado, a mayor abundamiento, parte de estos hechos—relatados con gran sinceridad por un respetable anciano— con documentos de aquel tiempo, que prueban no estar desprovistos de exactitud los datos que el amable vejete nos comunico con una sola condición: la de que no apareciese para nada su nombre en *los papeles*.

Queda, por esta vez, complacido mi venerable amigo.

EL BACHILLER HUNGARELO

[Juan Gómez Navaza.]

(De "El Diario de Galicia", de La Coruña, núm. correspondiente al 28 de agosto de 1892.)



(Dib. de José Luis Muñoz Vares)